

NO es ciego el cariño, hondo y efusivo, que, como vimos en el artículo publicado el mes último en estas mismas páginas, siente Martí, por los pueblos de la que él llama "Nuestra América", sino que su amor por todos y cada uno de ellos nace, precisamente, del conocimiento profundo que de ellos tiene, de sus problemas, de su historia, de sus necesidades, de sus glorias y de sus desgracias. *Mayo 1928*

Peregrino por muchos de los países de nuestro Continente en misión sagrada de propaganda en pro de justicia y libertad para su patria, residente por largos periodos de tiempo en varios de ellos, tuvo ocasión de ver y sentir los dolores, las luchas, los anhelos, las inquietudes, el alma, en una palabra, de los pueblos de Hispano-América, y de constatar, al mismo tiempo, que la razón de sus males, dificultades, fracasos y caídas, había que buscarla, ayer como hoy, no en las masas populares, ni en los aborígenes supervivientes, sino en sus hombres dirigentes, en los egoísmos y maldades de éstos, en la falta de educación popular, en la continuación republicana de los desastrosos métodos de gobierno coloniales, en la acechanza constante de vecinos poderosos—fuertes y ricos—, en la inadaptabilidad de exóticos sistemas para querer regir y encauzar con ellos la vida, en todos sus órdenes, de estos países, echando a un lado lo primero y más necesario de tener en cuenta: conocerlos; conocer su carácter, su alma, su idiosincrasia.

¡Hay que americanizar a la "América nuestra!" es el grito que lanza Martí. Nacionalizar cada uno de sus países. Cubanizar a Cuba, venimos pidiendo desde hace mucho tiempo, los que por la suerte de nuestra patria nos interesamos. Y ante las dos influencias que luchan hoy en nuestro suelo por dominar e imponernos cada una con exclusión de la otra, su civilización y cultura, nos toca a los cubanos adoptar una actitud—la misma que Martí señaló y predicó—actitud única, resuelta y firme: la de cubanización. Ni yanquis ni españoles: cubanos; sin que esto signifique, desde luego, que cerremos los ojos, ni mucho menos vayamos a despreciar lo aprovechable de ambas civilizaciones y culturas, pero no para pretender adaptarnos a alguna de ellas, sino para robustecer, con lo utilizable que en ambas encontremos, nuestra propia cultura, nuestra personalidad.

Y, al igual que nosotros, los demás pueblos de "nuestra América" necesitan también nacionalizarse, como requisito indispensable para vivir vida de libertad y justicia, prosperar y engrandecerse. Sólo cuando cada uno de los pueblos de la "América nuestra" haya logrado alcanzar personalidad definida y robusta, podrá entonces intentarse, con seguridades de éxito feliz, el acercamiento y la unión fraternal ideológica y material—entre todos ellos. Y sólo entonces podrán oponer valladar infranqueable al imperialismo yanqui, que hoy encuentra terreno propicio para su obra de expansión

262

y dominación, en la debilidad y división interna de casi todos los pueblos del Continente, en su a veces nula o muy opaca personalidad política, en su falta de fé en sí mismos y de confianza en el gobierno y esfuerzo propios.

Elementos para lograrlo tiene nuestra América. De ser hijos de ella, debemos sentirnos orgullosos. Martí lo estaba, y lo estaba después de poner al descubierto sus defectos.

En un artículo, "Nuestra América," que Martí publicó en México en 1891, estudia, como pocos han sabido estudiarlos, los males que padece nuestra América, descubre sus causas y señala los remedios.

Pone Martí en ese estudio su corazón todo de hijo amoroso para la gran patria americana, para la "Madre América":

"¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?"

Es ese amor extraordinario, tan grande como desinteresado, que Martí siente por la América nuestra, el que le hace ser comprensivo de sus defectos y sus necesidades, no buscando en los primeros motivos de desprecio ni convirtiendo las segundas en fuentes de explotación.

Dándose cuenta perfecta de la vitalidad asombrosa que América encierra, de las virtudes innatas que atesoran sus hijos, de las dificultades de todo orden que en su desenvolvimiento han encontrado nuestros pueblos y de lo poco comprendidos que son, declara:

"De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico se han creado naciones tan adelantadas y compactas."

Conocer los distintos elementos que componen cada pueblo, las fuentes de riqueza y producción naturales de cada país, el carácter y las necesidades materiales y espirituales de sus hijos, piensa Martí, y piensa bien, que es lo primero que se necesita para gobernar nuestras repúblicas, y después no querer gobernarlas con leyes, constituciones y sistemas de otros países totalmente distintos:

"Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca

(Continuación de la pág. 34) la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante de América no es el que sabe como se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho un país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apacible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todo el pueblo que fundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.”

Es necesario americanizar a América, contar con los elementos nativos y con ellos crear cada nacionalidad. Por no hacerlo así, o por desdeñarlos o explotarlos, ha padecido y padece América tiranías y dictaduras.

“El hombre natural—dice Martí—es bueno, y acata y aprecia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.”

Para gobernar, hay que aprender a gobernar, y el arte de gobierno requiere el conocer los factores reales del país, decir la verdad bien alto, de vicios y defectos, no ocultarlos hipócritamente envueltos en un manto de falso e interesado patriotismo.

Así lo vé y lo aconseja Martí:

“¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se sirve. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra de acuerdo con las necesidades latentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de li-

barlo de tiranías. La universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia: Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido: que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras repúblicas americanas.”

Anticipándose al problema social que agita hoy al mundo, el más grave y trascendental, y clave, al mismo tiempo, de todos los demás problemas de todas las naciones, Martí juzga que para consolidar la patria americana, la América de Bolívar y suya, hay que contar con el campesino y el obrero, con el indio y el negro, en una palabra con aquellos que en sus versos sencillos decía:

“Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar.”

Y piensa que es necesario, no sólo contar con los pobres y los oprimidos, sino hacer, además, causa común con ellos:

“Con los oprimidos habrá que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpos de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen—, por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.”

Amar, comprender, criticar, crear, con ello piensa Martí, como lo pensaba Rivadavia, que “estos países se salvarán”:

“Ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan: “¿Cómo somos?” se preguntan: y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales;(Continúa en la pág.94)

(Continuación de la pág. 86) que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la República no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidja, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos ale-

gres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio."

Teniendo a Martí por estrella y por bandera sus prédicas, consejos y enseñanzas, pongamos mano a la obra. Americanicemos la América nuestra. Nacionalicemos nuestras patrias respectivas. Cubanicemos, nosotros, nuestra Cuba. Y para lograrlo no olvidemos que son requisitos indispensables los que Martí señalaba: amar, comprender, criticar, crear.